

Semblanza de la Dra. Edda Samudio Aipurúa en ocasión del recibimiento del Doctorado Honoris Causa en Historia, que le ha sido conferido por la Universidad de Los Andes

Luisa Elena Molina R.

Nos hemos reunido esta noche para acompañar, con gran regocijo, a nuestra entrañable amiga, la profesora Edda Samudio Aizpurúa, en un momento de gran trascendencia para su vida universitaria, en el cual recibirá, de manos de los representantes de la Ilustre Universidad de Los Andes, la máxima distinción de que puede ser objeto uno de sus académicos, cual es un *Doctorado Honoris Causa*. La posibilidad de presentar ante ustedes una semblanza de Edda, es una deferencia que aprecio profundamente y que, de suyo, sólo me adviene por la insondable amistad que nos une.

En su obra autobiográfica *De mi vida Poesía y Verdad*, decía Goethe que:

El principal deber de toda biografía parece ser el de representar a los hombres en las circunstancias de su época, e indicar en qué medida le fue adverso el conjunto, y en qué medida le ha sido o le fue favorable, qué idea le indujo a formarse del mundo y de los hombres, y cómo, si era artista, poeta, escritor acertó a proyectarse hacia afuera. Pero a tal fin se requiere algo inasequible, a saber, que el individuo se conozca a sí propio en cuanto se haya mantenido él mismo en todas las circunstancias, y al siglo como a algo que consigo arrastra, al que quiere y no quiere, al que termina y forma, de tal manera que se puede decir que cualquiera que hubiese venido al mundo solamente diez años antes o después, por lo que a la cultura propia y a la acción hacia afuera se refiere, habría sido enteramente otro.

No aspiro en modo alguno trazar una biografía de Edda porque escapa a mí el dominio de tan difícil arte. No obstante, las reflexiones de Goethe me servirán de guía para tratar de vislumbrar algunos rasgos de su substancia, en tanto ser, y de su circunstancia, en cuanto partícipe de espacios y tiempos en los que, entre plenitudes y oquedades, ha forjado su vida.

Edda es una mujer en cuya existencia parecen resumirse algunos de esos procesos imprecisos, pero fundamentales, que insinúan el advenimiento de cambios profundos en los paradigmas y pensamientos que marcan las sociedades y, en este sentido, su existencia parece haber tomado forma individual, en el marco de un período histórico en el que se yuxtaponen y se confrontan, la vez, ideas provenientes de la tradición conservadora y de la modernidad.

Edda vino al mundo en ese hilo territorial que es Panamá y que, de lado y lado, se baña con las aguas oceánicas del Atlántico y el Pacífico. Allí vio la luz en el seno de un hogar en el que se guardaban dos símbolos fundamentales, uno, su padre, tal vez portavoz de la sociedad conservadora y otro, encarnado por su madre, representante temprana de las renovadoras ideas del tiempo por venir, que se vislumbraba desde el siglo XIX, y que en América también erigía los cimientos de la apertura a las libertades; y de las nuevas inclusiones que conmoverían la tradición y abrirían paso a la modernidad.

Entre estos dos polos, recibió de sus progenitores, al lado de sus cinco hermanos, el sentido de la familia, y del afecto, como su eje fundador; y la disciplina, como norte para el actuar. Muchas son los principios que se censuran a la tradición, pero los sentidos de la familia y del afecto escapan a los cambios arrolladores por ser esenciales al ser. En el caso de Edda, estos principios sólidamente establecidos en el seno de su hogar, tuvieron un sentido fundador y han apuntalando sus actos. Tal como me lo relató

y transcribo sus palabras: *...tuve una niñez feliz y muy cuidada, en un hogar donde había una marcada rigurosidad que hoy agradezco, porque nutrió mi vida de valores y principios que han iluminado mi existencia.*

Cómo no pensar que, en el regocijo y en la disciplina de su infancia, propia de la época en la que le tocó nacer, se arraigaron las bases de una personalidad dedicada a forjar, pacientemente, una larga vida de trabajo intelectual? Pienso que probablemente, en esas bases, Edda entamó y ha tallado una obra en la que adquirieron igual importancia, su propia formación; la de los innumerables estudiantes con quienes ha compartido sus interrogaciones y aprendizajes; y los trabajos de investigación que han fructificado en sus manos.

Este rasgo queda expresado en el comentario de una historiadora ex alumna de Edda, quien me contaba. *En mis días de estudio, ella era una profesora sobria y estricta a quien, a primera vista, se temía. Pero, cuando uno decidía acercarse, se hallaba ante una persona magnífica, abierta y dispuesta a enseñar con especial entrega. Así la recuerdo.*

Pero si la rigurosidad le llegó como vivencia heredada de su padre, en el perfil y el talante de su madre parece haber levantado velas, su inserción temprana en las ideas del tiempo nuevo, signado por la libertad en la expresión del pensamiento y por la incorporación activa a la sociedad de distintos grupos que, al menos hasta finales del siglo XIX en Europa y mediados del siglo XX en lugares como América, vivieron las vicisitudes de la exclusión social o intelectual, siendo éste, entre otros, el caso de la mujer. La madre de Edda se formó como educadora, en una época en la que apenas comenzaba la mujer a incursionar en la educación superior pero además, en palabras de la propia Edda:

Mamá era una mujer ajena al tiempo que del tocó vivir, de distintas formas enfrentó la rigidez de su época, una mujer que hubiese encajado muy bien en el mundo de hoy. Tocaba guitarra, cantaba, leía a Amado Nervo, pensaba, leía, reía con la misma soltura, haciendo caso omiso a las limitaciones conductuales, sociales y de género, que imponía la cultura de su tiempo.

Tal vez en esa fuente maternal bebió Edda la importantísima lección de la trascendencia de la libertad para modelar el mundo y el temple que tal valor otorgaba al espíritu. Y es probable que de esas enseñanzas emergiera en ella su acuciosidad para abordar el tema del género al que comenzó a examinar muy tempranamente. En efecto, Uno de sus primeros trabajos tuvo que ver con Catalina Berrío, una encomendera que, al quedar viuda, confrontó los roles de pasividad a la que se debía la mujer en los tiempos de la Colonia, y se desenvolvió con autonomía para manejar su hacienda y sus haberes.

Edda inició su vivencia académica en 1964 en la Universidad de Panamá y en adelante, ha sido protagonista, con sus acciones, de la gran transformación que significó para el mundo, la presencia creadora y activa de la mujer en las esferas del trabajo material, de la ciencia, la tecnología, las artes, el intelecto. Esta revolución ya se insinuaba desde la segunda mitad del siglo XIX pero en la segunda mitad del siglo XX parecen haber madurado este proceso, que dio cabida a lo que podríamos llamar un nuevo siglo, mucho antes de que éste naciera según la cronología tradicional, un proceso que cambió la faz de la época y dio nuevas luces a la modernidad, propulsando trascendentales rupturas y cambios en la forma y contenidos de los pensamientos y acciones de las sociedades.

Hoy es difícil apreciar la magnitud de este cambio, pero cuando recordamos que en Francia, la cuna de los Derechos del Hombre, y en la Sorbonne, su máxima Universidad, aún en 1866 la mujer no tenía derecho de estudiar. Entonces nos damos cuenta de lo que significó para la humanidad, esta revolución constituida por la participación de la mujer en la producción material, intelectual y de las artes. Edda incursionó en el mundo universitario en 1964 y, con su actividad intelectual, formó parte del movimiento renovador antes descrito, como actora fundamental en la exploración y en la comprensión de la Historia de esta parte del mundo y de sus sociedades.

En este sentido vuelvo a Goethe, y pienso que Edda es una de esos millones de mujeres que se reveló a arrastrar con un siglo que, aún en sus primeras décadas privaba, pero cada vez con más dificultad, la participación de la mujer en quehaceres fundamentales de la humanidad. Parafraseando de nuevo al excelso escritor me pregunto quién sabe cómo hubiese sido su vida de haber nacido diez años antes, tal vez hubiese sido otra, pero esta Edda que estrenó su carrera en los años setenta labró una vida compartida entre dos hogares, uno, en el que sembró su afecto y en el que trajo al mundo sus dos hijos y otro, el hogar intelectual en cuyos espacios de discusión se asentó para pensar, debatir y contribuir, con dedicada entrega al conocimiento.

Como en su infancia, cuando con sus padres y sus hermanos recorría los espacios rurales de su país, a ésta, su nueva tierra la abrazó para intentar coadyuvar a comprender nuestra Historia y para participar en la noble tarea de formar en el saber crítico. De sus muchas tareas intelectuales corresponde hablar al insigne catedrático Presbítero y Dr. José del Rey, yo puedo concluir mis palabras expresando mi respeto por esta mujer que une a sus brillantes valores intelectuales, preciadas virtudes que se nutren por igual de su profunda sensibilidad, su naturaleza tenaz y su afable carácter. Edda es un ser humano de grandes atributos entre los que realzan su disciplina y su noble corazón.

Querida Edda, guarda en ese espacio interior en el que serenamente se entrelazan, en el alma y la razón, el silencio y la palabra, este precioso y trascendente reconocimiento, que merecidamente has ganado con tu vida ejemplar.

Mérida, 21 de noviembre de 2011